

Tiempo y persona. Transición a la adultez de las mujeres residentes en el AMBA.

Sabrina A Ferraris.

Cita:

Sabrina A Ferraris (2009). *Tiempo y persona. Transición a la adultez de las mujeres residentes en el AMBA*. X Jornadas Argentinas de Estudios de Población. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, San Fernando del Valle de Catamarca.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/xjornadasaepa/59>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eAKp/xHs>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“Tiempo histórico y tiempo biográfico: transición a la adultez de mujeres residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Mediados y fines del siglo XX.”

Autora: Lic. Sabrina A. Ferraris

Miembro docente e investigadora de la Cátedra de Demografía Social- Facultad de Ciencias Sociales- UBA.

Becaria de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica-FONCyT.

e-mail: sabriferraris@yahoo.com.ar

Resumen

El tiempo es una dimensión central en la trayectoria vital de las personas, los calendarios de los sucesos familiares y de las transiciones de los individuos por diferentes roles varían según las distintas sociedades y grupos sociales.

Mientras el tiempo histórico es generalmente definido como un movimiento cronológico lineal y medido a través de décadas o centurias, el tiempo individual es medido de acuerdo a la edad. Pero tanto la edad como la cronología necesitan del contexto social para adquirir significado.

Las transiciones relacionadas con la edad se asumen como diversas, socialmente creadas y compartidas, y modeladas por las circunstancias históricas y las tradiciones culturales.

Dentro de este marco, el objetivo es explorar la etapa del curso de vida conocida como “transición hacia la vida adulta” de mujeres residentes en el AMBA, según generaciones, promociones y grupos sociales.

Es de esperar que este tránsito hacia la vida adulta incluya múltiples experiencias que van desde la incorporación por primera vez al mercado de trabajo y la emancipación del hogar paterno, pasando por el inicio de una vida sexual activa, la independencia económica y la reproducción. Se supone que en la adultez el individuo es proveedor de sí mismo y de otros, en alguna combinación de “trabajador, pareja y padre/madre”.

Asimismo, el estudio de la transición hacia la vida adulta es fundamental para entender no sólo las interrelaciones que guardan los eventos demográficos en esta etapa crucial, sino también para comprender cómo los patrones de transición determinan acontecimientos posteriores en las trayectorias de los individuos.

1- Introducción

Las etapas de vida de los individuos son producciones socio-culturales, de allí que las expectativas por edad sean diferentes en cada sociedad. La edad cronológica meramente

significa el potencial sobre el cual la gradación de la edad puede operar para dar forma a la trayectoria vital.

Los cambios y transiciones de los individuos y las familias en el tiempo son moldeados por el contexto sociohistórico en el que se desarrollan. En consecuencia, el concepto de *generaciones* adquiere un carácter fundamental, basado en el supuesto de que los individuos nacidos en un momento determinado viven a través del tiempo circunstancias históricas que los unifican.

Las transiciones de la vida son procesos –no etapas fijas- que involucran el equilibrio de la entrada y salida de los individuos de roles diferentes: laborales, educativos, familiares y comunitarios a lo largo del curso de vida.

Dentro de este marco, el objetivo de este trabajo es explorar algunas de las particularidades de la transición a la vida adulta de mujeres residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

La transición hacia la vida adulta podría describirse como el proceso por el cual una persona joven se transforma en un adulto “independiente, productivo y reproductivo”.

En consecuencia, se trata de abordar a qué edad ocurren determinados eventos considerados como dimensiones de la transición de mujeres hacia esta etapa de la vida, a saber: edad a la que dejan la escuela, edad al primer empleo, edad a la que se van del domicilio paterno y edad a la que se unen en pareja; así como también analizar su variabilidad con relación a:

- *generaciones*¹ y *promociones*²: es preciso vincular los calendarios de los eventos con los factores macroestructurales que enmarcan las trayectorias biográficas de las cohortes que los protagonizan.

- los distintos grupos sociales: a) condiciones socioeducativas de origen y b) máximo nivel alcanzado de educación.

Las **condiciones socioeducativas de origen** se operacionalizan mediante el máximo nivel de educación de la madre al momento del nacimiento de estas mujeres.³

A su vez, dichos eventos serán analizados según **máximo nivel de educación alcanzado** de las mujeres, por un lado, ya que se lo utiliza como un clasificador “proxi” de grupo social. Por otro, porque la prolongación o acortamiento de la permanencia en la escuela, como se verá en

¹ Se trabaja con las siguientes generaciones: 1940-1949, 1950-1959, 1960-1969 y 1970-1979.

² Se denomina *promociones* al conjunto de personas que se unieron -de hecho o legalmente- en un mismo año. Se trabajará con cuatro grupos de promociones: 1960-1969, 1970-1979, 1980-1989, 1990-1999.

³ Los cortes de máximo nivel alcanzado por las madres son: Primaria incompleta, Primaria completa/Secundario incompleto y Secundario completo y más. Al combinarlas con las generaciones y promociones de las mujeres, con el objeto de tener un mayor número de casos en las celdas y poder concluir con más sustento, se trabaja con dos grupos de generaciones (1940-1959 y 1960-1979) y dos grupos de promociones (1960-1979 y 1980-1999).

este trabajo, afecta fuertemente el desarrollo de los eventos considerados como pasajes de transición a la adultez.

Con respecto a los datos, la principal fuente es la Encuesta de Situación Familiar (ESF) llevada a cabo por la Cátedra de Demografía Social- Facultad de Ciencias Sociales-UBA. La encuesta se realizó a fines de 1999, a mujeres entre 20 y 59 años de edad residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). La elección de ese tramo etario buscó captar diferentes generaciones y promociones.

Asimismo, la ESF propone describir la historia familiar de mujeres que, en 1999, se encontraban en la siguiente situación de convivencia:

- Son cónyuges del jefe de hogar en familias completas (ambos cónyuges presentes), en las siguientes situaciones conyugales: casada o unida (en primera unión, segunda unión o más).
- Son jefas de hogar en familias monoparentales (sólo la madre y los hijos).

Para este trabajo y en el marco de la ESF, las unidades de análisis son las mujeres residentes en el AMBA que al momento de la encuesta (año 1999) presentaban las siguientes características: 1) mujeres entre 20 y 59 años de edad, 2) conviven con una pareja o viven con sus hijos; un total de 876 casos.

En la fase del análisis se aplicaron coeficientes de ponderación en base a la distribución proporcionada por el tabulado del Censo 2001, referido al universo de mujeres residentes en la Ciudad de Buenos Aires y en el Conurbano Bonaerense, clasificadas según grupos de edad y situación de convivencia antes señalada. Aun cuando la muestra fue ponderada, las conclusiones se limitan al conjunto de las mujeres encuestadas.

2- Los eventos:

2. A) La salida de la escolarización formal.

La prolongación o acortamiento de la escolaridad tiene un papel central en la transición a la adultez ya que, entre otras cuestiones, la educación formal alcanzada influye en la adopción de valores asociados a los roles de género menos tradicionales y, por lo tanto, en la mayor probabilidad de que una mujer trabaje. La educación opera no sólo en la decisión de trabajar de las mujeres, sino también en la posibilidad de efectivizar su decisión y el compromiso con el propio trabajo (Cerruti, 2002).

El Cuadro 1 nos muestra que, en todas las generaciones consideradas, las principales edades en que las mujeres salen de la escolaridad formal son entre los 18 años y los 23 años, variando la proporción entre un 30% y un 36%. Asimismo, para las generaciones posteriores a las de 1950-1959 se observa una disminución de las mujeres que dejan la escuela antes de los 14 años. En suma, esto estaría dando cuenta de una importante proporción de mujeres con un máximo nivel educativo de enseñanza media, sobre todo para las últimas generaciones.

Esto adquiere significado al observar la evolución del acceso a la educación en nuestro país. Hacia 1960, ya la mayoría de la población entre los 6 y los 12 años estaba matriculada en la primaria, y en las dos décadas siguientes esta proporción se incrementó, con igual intensidad entre mujeres y varones, hasta llegar a abarcar el 90% de la población de esas edades. Pero también hubo durante este período una importante expansión de la población matriculada en los niveles secundario y superior del sistema de la educación formal. Y en esos niveles el crecimiento de la población femenina fue mayor que el de la masculina. Así, mientras entre los varones de 13 a 17 años los matriculados pasaron de 24% a 39% entre 1960 y 1980, las mujeres crecieron de 25% a 44 % (Wainerman, 1996).

A su vez, si bien las mujeres de la ESF que dejan la escuela entre los 14 y 17 años nacidas entre 1970-1979 experimentan un aumento de casi 2 puntos porcentuales con respecto a las nacidas entre 1960-1969, se podría pensar que ese incremento proviene de las que dejaban la escuela antes de los 14 años, que justamente disminuyen para 1970-1979 en similar proporción.

En paralelo, se observa un aumento importante -para las generaciones 1960-1969 y 1970-1979- del peso relativo de las mujeres que salen de la escuela a los 24 años y más, lo que daría cuenta del proceso de expansión femenina de la educación universitaria. Esto se evidencia aún más considerando que un 20% de las nacidas entre 1970-1979 asistía en el momento de la encuesta a un establecimiento educativo, y de ese 20% casi un 68% estaba cursando el nivel superior.

La evolución de la matrícula femenina universitaria consistió en un proceso más tardío que los otros niveles educativos pero continuo: a partir de 1940 las mujeres apenas representaban el 13% del total del estudiantado universitario; al comenzar la década de 1970 ya representaban el 36%; y a fines de los '80, cerca de la mitad (47%). Esto significa que, una vez que accedieron a los estudios superiores, su número creció, incluso mucho más aceleradamente que el de los varones (Torrado, 2003).

Este proceso no sólo involucró el logro de alcanzar niveles más altos de educación formal, sino que además buscaron hacerlo en ámbitos definidos tradicionalmente como “masculinos” y esto refleja un cambio de mentalidad de las diferencias entre géneros (Wainerman, 1996).

Cuadro 1.- Edad a la que dejaron de asistir regularmente a la escuela según generaciones (%). AMBA, 1999.

	Generaciones				Total
	1940-1949	1950-1959	1960-1969	1970-1979	
Antes de los 14 años	24,0	29,3	22,3	20,6	24,6
14 a 17 años	25,5	28,9	22,9	24,6	25,6
18 a 23 años	34,3	30,2	36,1	35,3	33,8
24 años y más	13,4	9,1	18,8	18,9	14,5
Sin dato	2,7	2,5		0,6	1,6
Total	100	100	100	100	100
	(217)	(241)	(245)	(113)	(816)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

Al analizar la relación entre las condiciones socioeducativas de origen y la edad a la que salen de la escolarización formal (Cuadro 2), se observa una marcada diferencia en la edad a la que dejan la escuela según educación de la madre, y esto ocurre en los dos grupos de generaciones consideradas (1940-1959 y 1960-1979).

Las mujeres con madre de primario incompleto, tanto para las generaciones 1940-1959 como 1960-1979, salen de la escuela principalmente antes de los 14 años (42,3% y 38,5%, respectivamente). Cabe señalar que una importante proporción de estas mujeres dejan la escuela entre los 14 y 17 años (30% y 33,6%). Sumados, estos dos grupos de edades conforman alrededor del 70% de las mujeres con estas condiciones socioeducativas de origen. Asimismo, se observa que para las mujeres con madres de este nivel educativo hubo un aumento en años de escolaridad: para las nacidas entre 1960-1979 disminuyó el número de las que salieron antes de los 14 años, mientras que aumentó el de las que dejaron entre los 14 a 17 años y entre los 18 a 23 años.

En el caso de las mujeres con madres de primaria completa/secundaria incompleta, en contraposición al nivel educativo anterior, dejan la escuela principalmente entre los 18 y los 23 años, y esto ocurre en los dos grupos de generaciones (38,3% y 39,9%, respectivamente). Si bien disminuye entre generaciones la proporción de las que salen de la escuela entre los 14 y los 17 años, para las generaciones 1960-1979 ésta sigue siendo importante (22,6%). A su

vez, con menor importancia que en el grupo educativo anterior, en las generaciones 1940-1959 alrededor de un 20,1% dejan la escuela antes de los 14 años, y disminuye a un 17,8% para las nacidas entre 1960-1979.

Por último, las mujeres con madres de secundario completo y más dejaron principalmente la escuela entre los 18 y los 23 años en todas las generaciones. Lo interesante es que para las últimas generaciones el peso de este grupo disminuye, factor que se puede asociar, por un lado, con el aumento del grupo de las que salieron después de los 24 años y, por otro, con el crecimiento de las que dejaron entre los 14 y 17 años.

En definitiva, se confirma la mencionada diferencia por condiciones socioeducativas de origen, que se mantiene en los dos grupos generacionales. Al mismo tiempo, se observa que las mujeres de estos dos grupos de generaciones en su mayoría han superado el nivel educativo de sus madres en concordancia con lo anteriormente señalado respecto a la expansión de la educación femenina. Asimismo, se evidencia una extensión de la educación entre las generaciones consideradas, más marcada en los grupos con condiciones socioeducativas de origen más altas.

Cuadro 2.- Edad a la que dejan la escuela según generaciones y el máximo nivel educativo alcanzado por las madres a su nacimiento (%). AMBA, 1999.

	Generaciones						Total
	1940-1959			1960-1979			
	PI	PC/SI	SC y+	PI	PC/SI	SC y+	
Antes de los 14 años	42,3	20,1		38,5	17,8	2,8	59,1
14 a 17 años	30,0	29,0	12,9	33,6	22,6	18,8	24,0
18 a 23 años	17,1	38,3	56,0	19,0	39,9	48,9	9,9
24 años y más	10,6	9,1	25,0	8,9	19,6	28,9	5,5
Sin dato		3,6	6,1		0,1	0,6	1,5
Total	100	100	100	100	100	100	100
	(146)	(238)	(51)	(77)	(178)	(87)	(776)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

PI: primaria incompleta.

PC/SI: primaria completa/ secundaria incompleta.

SC y +: secundaria completa y más.

Como se verá a continuación en el análisis de los otros eventos, esta prolongación del proceso de escolarización formal ha extendido la etapa de juventud y, en consecuencia, ha retardado -sobre todo en los sectores medios y altos- sus transiciones a la adultez.

En consecuencia, estos jóvenes experimentan una cierta inconsistencia entre las expectativas de edad más “tradicionales” y sus prácticas. Como señala Ariza y De Oliveira (2002), se posee la mayoría de edad para ser adulto, y de hecho en ciertos ámbitos de acción es posible desempeñarse como tal (vida sexual, acceso a vehículos, libertad de movimiento) pero -debido a la extensión del proceso de escolarización, que prolonga la dependencia de los padres- se carece de la autonomía real que el rol supone.

2.B) El primer empleo.

Para el estudio del primer empleo es importante tener en consideración la estructura productiva del momento en que se transita dicho evento.

Desde los ‘50 y hasta mediados de los ‘70, la Argentina experimenta un crecimiento sostenido -con algunas fluctuaciones- de su economía, de la mano de la denominada Industrialización Sustitutiva de Importaciones, en estos años referida a la producción de bienes intermedios y de consumo durable. Entre 1964 y 1973 la industria tuvo un crecimiento continuo y con un dinamismo mayor que el resto de las actividades económicas, acompañado por un crecimiento de la ocupación, los salarios, la productividad y las exportaciones (Schorr, 2006).

Asimismo, la ya señalada expansión de la educación femenina, sobre todo a nivel secundario, ha tenido un efecto importante en el incremento de la fuerza laboral de las mujeres. La postergación del matrimonio y la reducción del tamaño de familia hicieron lo suyo en el mismo sentido (Wainerman, 1996).

En concordancia, a partir del Cuadro 3 es posible afirmar que, en todas las generaciones, más del 95% de las mujeres algunas vez trabajaron o trabajan, sin importar el grupo social de pertenencia (con excepción de las mujeres con secundario incompleto o menos de las generaciones 1970-1979 que es un 85% de las mujeres). Con respecto a las que estaban trabajando en el momento de la encuesta, las que obtuvieron como máximo nivel alcanzado “secundario incompleto o menos” representan una proporción, si bien importante, menor a las de secundario completo y más en todas las generaciones. Las mujeres de mayor nivel educativo experimentan una tendencia general al aumento del peso relativo de las activas-ocupadas entre generaciones. Asimismo, se va ampliando la brecha con respecto a las ocupadas de menor nivel educativo.

Estos comportamientos hallan su explicación en las transformaciones histórico-sociales y culturales que se observan -desde la segunda posguerra hasta los ‘60 y más aceleradamente después de los ‘70- con respecto al aumento de la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo. El incremento de la feminización laboral actuó como una contracorriente dentro del

panorama de una fuerza de trabajo global decreciente, al que contribuyeron los varones reduciendo sustancialmente su participación laboral vía los jóvenes (que prolongaron su escolaridad y retrasaron su ingreso al mundo de trabajo) y los mayores (que adelantaron su salida del mercado en pos de la jubilación y el retiro). A estos grupos se les añadieron, desde mediados de la década del '70 y más aceleradamente desde los '80, los varones adultos jefes que redujeron su participación en el mercado laboral por efecto de las crisis (Wainerman, 1996).

Las principales responsables del crecimiento de la participación femenina en la fuerza de trabajo hasta los '80 fueron fundamentalmente mujeres casadas y unidas, en su mayoría cónyuges del jefe de hogar y relativamente más educadas, de los sectores medios y altos de la sociedad. No sólo más mujeres concurren al mercado laboral si no que también permanecieron por más tiempo en él, y más de ellas reingresaron a trabajar entre los 30 y los 40 años de edad (Wainerman, 1996).

Desde la demanda, el crecimiento de la participación económica de las mujeres de estos grupos sociales se debe prácticamente al sector terciario (comercio, servicios, etc.). Las trabajadoras avanzaron en el área de la educación y la salud, en los bancos y financieras y en puestos administrativos de las industrias manufactureras y en el servicio doméstico, mientras se retiraban de puestos más tradicionales (industria textil) que solían albergar a mujeres menos educadas de los estratos obreros (Wainerman, 1996; Torrado, 2003).

Por otra parte, durante estos años disminuyó considerablemente el empleo en el servicio doméstico, al tiempo que el sector menos estructurado del comercio minorista pasó a ser el principal albergue de las mujeres con baja educación. Estos cambios en la estructura del empleo femenino, hasta mediados de los '70, pueden interpretarse como un signo de modernidad y de más igualitaria integración de las mujeres al mercado laboral (Wainerman, 2007; Torrado, 2003).

Desde la instauración de la última dictadura militar, si bien continúa la pauta de participación femenina creciente y la especialización ocupacional de tareas no manuales (docentes, paramédicas, administrativas), esto se da simultáneamente en un contexto de gran deterioro salarial en los servicios sociales y la administración pública, un creciente desempleo, y la obligada opción por trabajos informales y/o precarios (Torrado, 2003).

El Proceso de Reorganización Nacional tuvo como objetivo reemplazar la dinámica económica, política y social hasta el momento vigente. El cambio del modelo se logró mediante la conjunción explosiva de la reforma financiera, la arancelaria y el endeudamiento externo. Desde allí en adelante, el núcleo central del proceso económico ya no fue la

vinculación entre la producción industrial y el Estado, sino la especulación financiera y la salida de capitales al exterior vinculadas a otro tipo de Estado, modificación que derivó en la contracción y la reestructuración regresiva de la producción industrial (Schorr, 2006).

Así, la Argentina ha venido experimentando desde entonces un persistente retroceso económico. Desde 1975 a 1990, el producto por habitante se redujo 25%, en simultáneo con un significativo descenso de calidad de vida de los argentinos y un incremento de la inequidad de la distribución del bienestar (Beccaria y Minujín, 1991).

El programa de “ajuste” que, con ligeras modificaciones, se implementó bajo un esquema político basado en el autoritarismo, conllevó elevadísimos costos sociales y, a la vez, la consecución de algunos de sus objetivos estratégicos (quiebre definitivo del modelo sustitutivo y de la consiguiente dinámica económico-social, disciplinamiento de los sectores asalariados y nuevo nivel salarial, concentración creciente del capital, apertura de la economía en los sectores menos oligopolizados, etc.) (Azpiazu, 1991).

Estos cambios en la estructura productiva trajeron como correlato un endeudamiento externo sin precedentes, una disminución del ritmo del crecimiento del empleo y de los salarios reales, un incremento de los precios y de la inflación, una importante desindustrialización y terciarización de la producción y el empleo (comercio y servicios), un crecimiento significativo de la desocupación, de la subutilización de recursos, de la informalidad y la pobreza (Wainerman, 1996; Torrado, 2003).

Entre las herencias del gobierno militar del '76 que condicionaron el desarrollo de la transición democrática se encuentra el fenomenal crecimiento del endeudamiento externo por parte del Estado. Durante el gobierno de Alfonsín, la profundización de la crisis económica y social -junto con el proceso de retirada del Estado como proveedor de bienes y servicios colectivos-, provocaron el traslado de mayores costos a las familias.

En consecuencia, la creciente participación de la mujer en esta década fue resultado de la búsqueda por mantener el ingreso en sus hogares y evitar el desclasamiento. “El hecho de que la participación de las mujeres cónyuges aumentara al mismo tiempo que descendía la de los varones –concomitantemente con la reducción del empleo en la industria y la construcción- sugiere que ellas salieron a trabajar para reemplazar los aportes al presupuesto familiar de los varones jefes de hogar para apuntalar los ingresos familiares sumamente deteriorados. Estos movimientos disímiles de varones y mujeres se expresaron en la totalidad de la fuerza de trabajo en un proceso de feminización” (Wainerman, 1996).

Entre 1980 y 1991 -en el AMBA- la proporción de mujeres trabajadoras sobre el total de las de 14 años y más creció de un 32% a un 37 %, mientras que la de los varones se mantuvo en

un 74%. También en esta década la mano de obra femenina estuvo concentrada en el sector terciario, en paralelo con una importante desindustrialización.

La feminización de la fuerza de trabajo continuó durante la década siguiente: las mujeres de 14 años y más del AMBA pasaron de una tasa de actividad del 37% en 1991 a una tasa del 47% en 2003. Las responsables continuaron siendo las casadas y unidas, en su mayoría cónyuges (Wainerman, 2007).

La disminución de los puestos de trabajo, la mayor desocupación, la menor capacidad de cambio de empleo, la baja de los salarios, junto a la mayor presión tributaria y el alza de los servicios públicos ahora privatizados, afectaron de modo dramático la vida cotidiana de las familias. Entre 1980 y 2001, en el AMBA, entre los hogares nucleares completos, formados por ambos cónyuges y sus hijos, el modelo de proveedor varón único decreció un 28%, desde 74,5% a 53,7%; mientras que el de dos proveedores aumentó 82%, desde 25,5% hasta 46,3%. Durante el mismo período, el tipo menos frecuente del modelo de proveedor único (esposo inactivo y mujer jefa) se multiplicó varias veces: de 0,4 a 6,0% (Wainerman, 2007).

Cuadro 3.- Historia laboral de las mujeres según máximo nivel de educación alcanzado y generaciones (%). AMBA, 1999.

Condición laboral	Generaciones								Total
	1940-1949		1950-1959		1960-1969		1970-1979		
	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	
Activa-Ocupada	31,7	56,8	60,6	67,5	36,4	69,7	38,3	71,6	55,6
Activa-Desocupada, alguna vez trabajó.	15,8	2,4	4,6	2,5	15,5	5,5	8,3	6,2	7,2
Inactiva, alg. vez trabajó	45,5	34,4	31,8	28,3	42,7	22,8	38,3	21,0	32,6
Inactiva, nunca trabajó	6,9	6,4	3,0	1,7	5,5	2,1	15,0	1,2	4,6
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100
	(101)	(125)	(132)	(120)	(110)	(145)	(60)	(81)	(874)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

SI o menos: Secundaria incompleta o menos.

SC o más: Secundaria completo y más.

El gobierno menemista modificó profundamente la legislación laboral: redujo la estabilidad en el empleo, promovió el empleo legal precario, alivió las responsabilidades del empleador frente a accidentes de trabajo, seguridad social y quiebras empresarias, toleró el empleo en negro, bajó los costos de contratación y de despido (Torrado, 2004; Beccaria y Altimir, 1998; Basualdo, 2006).

En efecto, las mujeres que salieron del hogar terminaron “engrosando las filas de desocupados y subocupados, en un mercado estragado por la precarización y flexibilización al que, por otra parte, un ejército de excluidas y excluidos pugna por entrar” (Wainerman, 2007).

En un contexto de salarios bajos, precarización y subutilización del empleo como el desarrollado en las últimas décadas, se hace difícil pensar que el obtener el primer empleo signifique la independencia económica. Sin embargo, se considera que este evento sigue siendo un *pasaje* importante a la adultez ya que marca el inicio de nuevas responsabilidades tanto en el trabajo como en el hogar mismo.

Ahora bien, analizando el Cuadro 4 se puede afirmar que, en todas las generaciones, las mujeres que se ingresan al mercado laboral antes de los 14 años son mayoritariamente las de menor nivel educativo. En las generaciones posteriores a las de 1950-1959 se observa una tendencia a la baja de las mujeres con secundario incompleto o menos que se inician en el mercado a estas edades, pero aun entre las nacidas en 1970-1979 la proporción sigue siendo elevada.

Cuadro 4.- Edad a la que comenzaron a trabajar según máximo nivel de educación alcanzado y generaciones (%). AMBA, 1999.

	Generaciones								Total
	1940-1949		1950-1959		1960-1969		1970-1979		
	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	
Antes de los 14 años	23,3	1,0	35,5	3,9	27,9	3,7	20,6	4,2	14,56
14 a 17 años	40,6	26,3	48,5	32,8	51,9	27,3	69,7	20,0	37,63
18 a 23 años	28,7	62,2	13,2	57,4	14,6	63,3	9,7	70,7	42,08
24 años y más	6,4	10,5	2,5	3,6	2,8	5,4		4,4	4,77
Sin dato	0,9		0,3	2,3	2,8	0,3		0,7	0,95
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100
	(95)	(115)	(127)	(119)	(105)	(143)	(50)	(80)	(834)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

SI o menos: Secundaria incompleta o menos.

SC o más: Secundaria completo y más.

Además, en todas las generaciones las mujeres de secundario incompleto o menos entran al mercado laboral principalmente entre los 14 y los 17 años, y la proporción aumenta entre generaciones. Por el contrario, las principales edades a las que comienzan a trabajar las mujeres de mayor nivel educativo, en todas las generaciones, son entre los 18 y 23 años. A partir de las nacidas entre 1950-1959 se observa el aumento progresivo del peso de este grupo

de edades, llegando a ser el 70,7% de las generaciones 1970-1979 de mujeres con secundario completo y más.

El peso relativo de las mujeres que ingresan al mercado de trabajo después de los 24 años es bajo en todas las generaciones. Pero esta proporción es mucho menor en las mujeres de secundario incompleto o menos, sobre todo para las últimas generaciones. Este factor se puede asociar, por un lado, a la estrecha relación entre la edad a la que salen de la escuela y comienzan a trabajar; por otro, al contexto de salarios bajos, de desempleo masculino y femenino, y trabajos precarios ya señalado que han padecido las mujeres de las últimas generaciones, por el que se vieron obligadas a salir a trabajar.

Ahora bien, el Cuadro 5 da cuenta de una marcada diferencia en la edad a la que obtuvieron su primer empleo estas mujeres según sus condiciones socioeducativas de origen. Así, las mujeres con madre de primaria incompleta entran al mercado laboral prioritariamente entre los 14 y los 17 años. Esto se manifiesta en los dos grupos de generaciones, si bien para las nacidas entre 1960-1979 disminuye la proporción.

En simultáneo, las mujeres con madre de primaria incompleta experimentan un aumento entre generaciones de las que comienzan a trabajar antes de los 14 años, pasando de un 20,5% a un 33%.

Con respecto a las mujeres con madres de primaria completa/secundario incompleto, se inician en la actividad prioritariamente entre los 18 y los 23 años; esto se da en los dos grupos generacionales, si bien con una leve disminución de la proporción para las nacidas entre 1960-1979.

Por último, las mujeres con madres de secundario completo y más también entran al mercado laboral principalmente entre los 18 y los 23 años, pero su proporción es mayor a las mujeres del nivel educativo anterior. Esto ocurre en los dos grupos de generaciones y su peso relativo aumenta para las nacidas entre 1960-1979 (representan el 68,7% frente al 60,9% de las de 1940-1959). Este importante crecimiento puede asociarse a la fuerte disminución de las que comienzan a trabajar después de los 24 años.

En suma, las diferencias en las condiciones socioeducativas de origen influyen y se mantienen entre generaciones. Se observa -en las mujeres de madres con nivel educativo más alto- un cierto retraso en la edad a la que ingresan al mercado laboral. En simultáneo, estas mismas mujeres manifiestan una disminución entre las que comienzan a trabajar después de los 24 años. Como resultado, para las últimas generaciones se confluye a trabajar inicialmente entre los 18 y los 23 años.

Así, fue posible evidenciar los cambios en el comportamiento de la mujer con respecto a la participación laboral ocurridos en las últimas décadas. Pero como señala Wainerman (2007), no sólo las prácticas sino también la concepción del trabajo se modificaron sustancialmente. De ser valorada como una actividad propia del hombre, no de la mujer, porque competía con y atentaba contra su función principal -la maternidad y la familia- llegó a ser social y culturalmente aceptada, y hasta en ciertos sectores sociales (medios y más educados) vista como una vía de realización personal.

Cuadro 5.- Edad a la que comienzan a trabajar según generaciones y el máximo nivel educativo alcanzado por las madres a su nacimiento (%). AMBA, 1999.

	Generaciones						Total
	1940-1959			1960-1979			
	PI	PC/SI	SC y+	PI	PC/SI	SC y+	
Antes de los 14 años	20,5	14,1	5,2	33,0	9,9	2,4	14,2
14 a 17 años	47,2	35,1	14,2	41,6	41,0	24,7	36,7
18 a 23 años	29,4	44,7	60,9	20,7	43,6	68,7	43,3
24 años y más	2,1	4,9	19,7	4,8	3,8	3,2	4,8
Sin dato	0,8	1,2			1,6	1,0	1,0
Total	100	100	100	100	100	100	100
	(150)	(234)	(50)	(80)	(181)	(104)	(798)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

PI: primaria incompleta.

PC/SI: primaria completa/ secundaria incompleta.

SC y +: secundaria completa y más.

2.C) La salida del domicilio paterno.

La emancipación domiciliar puede considerarse como una dimensión más en la transición a la adultez, pero debe tenerse en cuenta que está fuertemente condicionada por cuestiones tales como el acceso limitado a créditos para vivienda, la suba de alquileres, etc. Estos factores suelen ser particularmente graves sobre todo para las familias de escasos recursos. Cuando el adquirir una vivienda urbana es caro y no existen políticas sociales que lo faciliten, las nuevas parejas tienden a demorar su formación de unión o considerar como estrategia el cohabitar con sus padres. En los grupos sociales más desfavorecidos la estrategia de co-residencia entre las familias de origen y las familias de los hijos es frecuente. El comportamiento responde a una lógica de optimización de recursos, particularmente de la vivienda e ingresos laborales (Ariño, 2005).

También es costumbre compartir el terreno entre parientes, en unidades de viviendas relativamente independientes pero con una cotidianeidad compartida (Jelin, 1998). En consecuencia, no necesariamente la transición hacia la vida adulta debe incluir la emancipación residencial.

Con respecto a las políticas sobre vivienda, a lo largo del período 1955-1975 -que involucra las generaciones 1940-1949 y 1950-1959 a analizar-, fue continuo el apoyo gubernamental a las grandes empresas constructoras de infraestructuras y de conjuntos habitacionales llevados a cabo con financiamiento público. También se fomentó el surgimiento y la consolidación de empresas de ahorro y préstamos para la vivienda y de las secciones hipotecarias en los bancos privados. Estas diferentes medidas tenían en común el abandono del principio del subsidio y la primacía de la idea de construir viviendas compatibles con la capacidad de pago de cada sector de la población (Torrado, 2003).

Desde mediados de los '70 y hasta fines del siglo XX, con el retiro del apoyo del Estado, no existió una acción significativa en el problema habitacional. La materialización de una vivienda digna quedó a manos de las posibilidades y recursos de cada usuario (Torrado, 2003). Este contexto es el que le toca experimentar en su juventud a las generaciones de mujeres de 1960-1969 y 1970-1979.

Estas diferentes posturas gubernamentales con respecto a la vivienda se evidencian en el porcentaje de población propietaria: para 1960 en la Ciudad de Buenos Aires había un 46% de propietarios y en el Conurbano un 67%. A partir de entonces la difusión de esta forma de tenencia es constante pero sensiblemente más lenta hasta 1980, año en el que se llega a poco más de dos tercios de las viviendas habitadas por sus propietarios. Los datos de 1991 dan cuenta del retroceso que aparejó el gobierno militar y la falta de políticas habitacionales durante los gobiernos democráticos: en la Ciudad de Buenos Aires el porcentaje de propietarios desciende 7,4 puntos; en el total país, 6,3 puntos (Torrado, 2003).

Veamos qué ocurre en el caso de las encuestadas por la ESF a través del Cuadro 6. Casi un 90% de estas mujeres se fueron de su hogar de origen más allá de la generación de pertenencia y de los niveles educativos alcanzados.⁴

En el caso de las de menor nivel educativo, las principales edades en las que dejan el domicilio paterno son entre los 18 y los 23 años en todas las generaciones. En paralelo,

⁴ Sin embargo, dado que la ESF toma como unidad de análisis -por definición-, a mujeres que se encuentran en una determinada situación de convivencia (ver Introducción), sólo se puede afirmar que para estas mujeres que conviven con una pareja y/o con sus hijos, el pasaje domiciliar es un factor frecuente. Asimismo, se debería indagar en el tipo de vivienda a la que acceden las últimas generaciones y la forma de tenencia de las mismas, pues ya se señaló que el contexto no era favorable para su obtención, sobre todo para los sectores más bajos.

aumenta por generaciones el peso de las que se van entre los 14 y los 17 años. Este crecimiento se da de forma tal que para las nacidas entre 1970-1979 el peso entre uno y otro grupo de edades es similar (40,7% y 39,8%, respectivamente).

En el caso de las de mayor nivel educativo, también el principal grupo de edades en las que dejan el domicilio paterno es entre los 18 y los 23 años, fluctuando entre un 46,3 % (1950-1959) y un 55,7% (1970-1979).

Cuadro 6.- Edad a la que dejaron el domicilio paterno según máximo nivel de educación alcanzado y generaciones (%). AMBA, 1999.

	Generaciones								Total
	1940-1949		1950-1959		1960-1969		1970-1979		
	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	
Antes de los 14 años	0,9	0,7	4,5	0,3	4,8	0,8	1,8	0,9	1,9
14 a 17 años	12,9	4,9	18,6	2,6	27,0	6,3	39,8	7,1	13,2
18 a 23 años	53,7	48,3	48,7	46,3	48,7	55,7	40,7	54,4	50,0
24 años y más	23,0	41,0	22,9	44,5	8,1	25,7	5,7	28,7	26,4
Sigue en el domicilio	9,0	5,1	4,4	5,9	8,4	10,1	9,9	8,2	7,4
Sin dato	0,5		1,0	0,4	3,1	1,3	2,1	0,7	1,1
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100
	(101)	(123)	(132)	(121)	(111)	(145)	(60)	(81)	(875)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

SI o menos: Secundaria incompleta o menos.

SC o más: Secundaria completo y más.

Entre las mujeres que dejan el hogar paterno a los 24 años y más, tienen mayor importancia las de nivel educativo más alto, y esto ocurre en todas las generaciones consideradas. Asimismo, el peso de las que salen del domicilio paterno en estas edades es menor para las últimas generaciones en los dos niveles educativos. Para las nacidas entre 1970-1979 de secundario completo y más representa el 28,7% de las mujeres.

Ahora bien, el principal motivo por el que realizaron este pasaje (Cuadro 7) es el irse a vivir con una pareja, y esto ocurre más allá del nivel educativo y la generación de pertenencia. Podría argumentarse que la extensión de la escolarización en el calendario de la vida y la participación en el mercado de trabajo previo al inicio de la vida conyugal, habrían significado para estas mujeres más una postergación de la entrada en unión antes que un cambio en los motivos que llevan a abandonar el hogar de origen. Además, esto se evidenciaría en el incremento de la edad a la primera unión a medida que aumenta el nivel

educativo de la mujer, factor que es posible de observar en estas mujeres y que en breve se pasará a analizar.

Sin embargo, se debe tener en cuenta la limitación ya señalada (ver nota al pie N° 4) de la ESF de encuestar sólo a mujeres que conviven con una pareja y/o con sus hijos. En consecuencia, posiblemente haya incluido de las generaciones 1970-1979 a las que se han unido más jóvenes. Esto aumentaría la probabilidad de que en estas últimas el inicio de la unión sea el evento que haya provocado la salida del hogar de origen. De esta manera, se excluye a las mujeres que aún no han entrado en unión y que podrían estar experimentando no sólo una postergación en el calendario de la nupcialidad, sino también un cambio en la secuencia de eventos que definen la trayectoria vital en esta etapa de la vida (Raimondi y Street, 2005).

Asimismo, a pesar de esta limitación, se observa que para las mujeres con nivel educativo más alto esta razón, luego de las generaciones 1950-1959, va disminuyendo. En concordancia con esto último, aumenta el motivo “mayor proximidad al lugar de trabajo, de estudio” de las mujeres con secundario completo y más de las nacidas entre 1970-1979, siendo más de un 15% las que justifican la salida del hogar paterno por tal razón.

Cuadro 7.- Razón por la que dejan el domicilio paterno según máximo nivel educativo alcanzado y generaciones (%). AMBA, 1999.

	Generaciones								Total
	1940-1949		1950-1959		1960-1969		1970-1979		
	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	
Se fue a vivir con una pareja	81,2	84,0	73,9	85,2	72,7	80,6	84,6	68,8	79,0
Deseaba vivir sola, con amigos, etc.	1,5	5,9	4,2	5,1	1,6	7,5	8,1	9,3	5,2
Mayor proximidad al lugar de trabajo, de estudio, etc.	11,1	4,9	8,5	4,7	9,8	3,7	3,7	15,8	7,5
Por otra razón	5,6	5,2	13,1	4,1	13,4	5,8	2,7	1,5	6,9
Sin dato	0,6		0,3	0,9	2,4	2,4	1,0	4,5	1,4
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100
	(92)	(116)	(125)	(114)	(102)	(131)	(54)	(75)	(807)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

SI o menos: Secundaria incompleta o menos.

SC o más: Secundaria completo y más.

La creciente autonomía de los jóvenes en las últimas décadas lleva a intentos de establecer su propia residencia, alejada de la de sus padres, independientemente del proceso de formación

de parejas, o como etapa previa a la convivencia. El creciente proceso de individuación social y psicológica determina que las personas en condiciones de elegir el espacio de vida cotidiana opten progresivamente por formas alternativas a la vida familiar, que suponen una mayor privacidad e independencia. La prolongación de los estudios, la incorporación masiva al mercado de trabajo, la postergación del matrimonio, el desarrollo de modos de vida intermediarios entre la familia de origen y de procreación, son fenómenos que pueden ser asociados con los altos porcentajes de jóvenes solteras en hogares unipersonales (según el Censo del 2001, más del 90% de las mujeres menores de 30 años que viven solas son solteras) (Raimondi, 2005).

Jelin (1998) señala que esta tendencia es incipiente, y sólo se presenta en sectores medios y altos, dadas las restricciones económicas para poder acceder a una vivienda. Sin embargo, el pequeño aumento del motivo “ir a vivir sola o con amigos” para las nacidas entre 1970-1979, ocurre en los dos grupos educativos y quedando con una proporción similar (8,1% de las de secundario incompleto o menos y 9,3% de las de secundario completo y más). Esto podría llegar a explicarse por la condición de la ESF mencionada de sólo considerar a mujeres unidas y/o con hijos en el momento de la encuesta, propensas a haber entrado en unión más jóvenes incluso en los niveles educativos más altos, lo que puede estar limitando que se refleje una diferencia más marcada por nivel educativo con respecto a este motivo.

El Cuadro 8 manifiesta la relación entre las condiciones socioeducativas de origen y la edad en que dejan el hogar paterno. Así, las mujeres se van prioritariamente del hogar, si bien con variaciones en el peso, entre los 18 y los 23 años, y esto es independiente del nivel de escolarización de la madre y las generaciones.

Las diferencias entre cohortes de nacimiento son más notables en los otros grupos de edades. Las mujeres nacidas entre 1960-1979 –más allá del nivel educativo materno- experimentan una disminución de la proporción de las que lo dejan después de los 24 años. En el caso de las mujeres con madres de más bajo nivel educativo, se observa un aumento de las que parten entre los 14 y los 17 años. Siendo que la principal razón es irse a vivir con una pareja, esto último se puede relacionar con la importante proporción de mujeres de grupos más bajos en la escala social que se unen antes de los 20 años, fenómeno que se pasa a analizar a continuación.

Cuadro 8.- Edad a la que dejan el domicilio paterno según generaciones y el máximo nivel educativo alcanzado por las madres a su nacimiento (%). AMBA, 1999.

	Generaciones						Total
	1940-1959			1960-1979			
	PI	PC/SI	SC y+	PI	PC/SI	SC y+	
Antes de los 14 años	2,7	1,5		0,8	3,4	0,7	1,9
14 a 17 años	10,4	6,6	11,7	29,4	15,0	7,2	11,9
18 a 23 años	54,0	45,7	49,7	52,8	49,0	59,3	50,7
24 años y más	28,8	37,5	37,7	8,0	18,4	28,2	27,4
Sigue en el domicilio	3,4	8,7	1,0	9,0	13,0	3,6	7,6
Sin dato	0,8	0,1			1,3	1,1	0,6
Total	100	100	100	100	100	100	100
	(155)	(247)	(52)	(82)	(191)	(108)	(835)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

PI: primaria incompleta.

PC/SI: primaria completa/ secundaria incompleta.

SC y +: secundaria completa y más.

2. D) La entrada en unión.

La edad a la que las mujeres se unen condiciona una serie de eventos consecuentes en la vida de las personas. Casarse o unirse antes de los 20 años se asocia a una mayor probabilidad de abandono de la escolaridad y de formación de una familia numerosa, eventos que al mismo tiempo pueden relacionarse con consecuencias negativas sobre las posibilidades de movilidad social cuando el contexto económico, político y social no la favorece.

Ahora bien, se debe tener en cuenta que las promociones a analizar vivieron contextos sociohistóricos diferentes. En las promociones más antiguas (1960-1969 y 1970-1979) la formación de la primera unión se llevó a cabo en un contexto caracterizado por la movilidad social ascendente, la extensión de la educación formal y la incorporación de la mujer en el mercado de trabajo. Mientras que para las promociones más jóvenes (1980-1989 y 1990-1999), se dio en el marco de un creciente deterioro de las condiciones de trabajo y aumento del desempleo, variables que han contribuido al agravamiento de las formas de exclusión social, y a la extensión, intensificación y en heterogeneización de la pobreza en sectores sociales cada vez más amplios (Raimondi y Street, 2005).

Las principales edades en las que entraron en unión (Cuadro 9) las mujeres de menor nivel educativo son antes de los 24 años: más del 80% en todas las promociones. Ahora bien, la diferencia del peso de las mujeres de este nivel educativo que se unen antes de los 20 años y de las que lo hicieron entre los 20 a 24 años era más marcada en las promociones más

antiguas, ya que para las últimas casi se equipara. Simultáneamente se observa un aumento progresivo de la proporción de las mujeres que se unen después de los 25 años.

En el caso de las mujeres de mayor nivel educativo, las que se unieron entre 1960 y 1989 lo hicieron principalmente entre los 20 y los 24 años. El descenso entre promociones de las que se unen en estas edades combinado con el aumento progresivo de las mujeres que lo hacen a los 25 años y más, trae como resultado que éstas últimas sean las principales edades en que se unen las promociones 1990-1999. Además, se observa una disminución de las que entran en unión antes de los 20 años.⁵

Cuadro 9.- Mujeres alguna vez unidas: edad de entrada en unión –consensual o legal– según máximo nivel educativo alcanzado y promociones (%). AMBA, 1999.

	Promociones								Total
	1960-1969		1970-1979		1980-1989		1990-1999		
	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	
Menos de 20 años	49,6	19,3	33,2	16,2	43,6	22,6	41,0	9,9	27,2
Entre 20 y 24 años	41,4	62,3	54,7	58,1	39,3	53,4	41,3	40,1	49,3
25 años y más	9,0	18,4	12,1	25,7	17,1	23,2	17,7	49,9	23,4
Sin dato						0,7			0,1
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100
	(60)	(61)	(155)	(140)	(109)	(126)	(68)	(139)	(857)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

SI o menos: Secundaria incompleta o menos.

SC o más: Secundaria completo y más.

Al analizar la relación entre la edad en que se unen y el máximo nivel alcanzado por sus madres (Cuadro 10), se observa que las principales edades de entrada en unión son entre los 20 y los 24 años más allá de las condiciones socioeducativas de origen, si bien con diferencias de peso entre niveles educativos y promociones. Para las promociones 1980-1999 decrece la proporción de mujeres que se unen en esas edades, pero con diferencias en los grupos que se benefician de esta disminución. Las mujeres con madre de primaria incompleta experimentan, por un lado, un leve aumento de las que entran en unión antes de los 20 años; por otro, también se observa un fuerte incremento de la proporción de las que se unen después de los

⁵ Se recuerda que la ESF, al incluir solamente a las mujeres que se encuentran en pareja y/o viven con sus hijos, deja afuera a las mujeres solteras que todavía no han iniciado su primera convivencia. Esto afecta sobre todo a las mujeres de las generaciones 1970-1979, ya que probablemente se hayan relevado a las que se han unido más precozmente. Por estas razones, para las promociones de 1990-1999 las proporciones de mujeres que se unen a edades más tardías probablemente serían más altas si se las captara a través de otras fuentes de datos.

25 años. En los otros dos niveles educativos alcanzados por las madres, se puede afirmar que la disminución del peso del grupo 20 a 24 años, dado que también disminuye la proporción de las que se unen antes de los 20 años, está prácticamente asociada al aumento de las que se unen después de los 25 años.

Cuadro 10.- Edad a la primera unión según generaciones y el máximo nivel educativo alcanzado por las madres a su nacimiento (%). AMBA, 1999.

	Promociones						Total
	1960-1979			1980-1999			
	PI	PC/SI	SC y+	PI	PC/SI	SC y+	
Menos de 20 años	26,9	28,1	18,1	29,8	27,9	16,1	25,9
Entre 20 y 24 años	57,9	51,7	64,5	46,3	41,8	48,6	49,8
25 años y más	15,1	20,2	17,4	23,8	30,3	34,5	24,3
Sin dato						0,8	0,1
Total	100	100	100	100	100	100	100
	(139)	(210)	(45)	(95)	(218)	(113)	(819)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

PI: primaria incompleta.

PC/SI: primaria completa/ secundaria incompleta.

SC y +: secundaria completa y más.

La maternidad

La primera unión constituye una etapa fundamental hacia la adultez de las mujeres no sólo por las implicaciones que conllevan nuevas responsabilidades en la vida en pareja, sino también porque la formación de una unión está estrechamente ligada a la procreación. El hecho de que las mujeres se unan a una determinada edad afecta al calendario de la maternidad.

El Cuadro 11 permite ver cómo influye el momento histórico en que se unen sobre la edad de la maternidad primeriza. Así, las principales edades en las que tienen su primer hijo las mujeres con secundaria incompleta o menos fluctúa de igual manera a las principales edades en las que se unen (Cuadro 10), confirmando la estrecha relación entre los dos eventos. Para las unidas entre 1960-1969 y 1970-1979 de este nivel educativo, las principales edades en las que tienen su primer hijo y se unen son entre los 20 y los 24 años. A su vez, al descender la proporción de mujeres que se unen antes de los 20 años de un grupo al otro de estas promociones, también disminuye la proporción de mujeres que los tienen en esas mismas edades. En paralelo, al aumentar la proporción de mujeres que entran en primera unión

después de los 25 años también crece el peso relativo de las que tienen su primer hijo en estas edades.

Ahora bien, para las unidas entre 1980-1989 con nivel educativo más bajo, aumenta la proporción de mujeres que entran en unión antes de los 20 años (representando el 43,6% de estas mujeres) y también se incrementan las que tienen su primer hijo a estas edades, conformando el 38,7%. Asimismo, sigue siendo importante la proporción de mujeres que se unen y tienen su primer hijo entre los 20 y los 24 años (39,3% y 34,4 %, respectivamente).

Para las unidas entre 1990-1999 con secundario incompleto o menos, se observa que el peso de las que se entran en unión antes de los 20 años y entre los 20 y los 24 años es bastante similar, siendo además las principales edades a las que tienen su primer hijo estas mujeres (un 40% lo tiene antes de los 20 y un 50% entre los 20 y los 24 años). Además, disminuye con respecto a las promociones anteriores la proporción de mujeres que tienen su primer hijo después de los 25 años.

Cuadro 11.- Mujeres alguna vez unidas: edad a la que tienen su primer hijo según máximo nivel educativo alcanzado y promociones (%). AMBA, 1999.

	Promociones								Total
	1960-1969		1970-1979		1980-1989		1990-1999		
	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	S. I. o menos	S. C. y más	
Antes de los 20 años	26,0	8,1	22,4	7,5	38,7	9,3	40,4	6,0	18,8
Entre 20 y 24 años	57,8	44,0	41,7	36,4	34,4	43,1	50,0	32,4	41,1
25 años y más	16,2	48,0	36,0	56,1	26,9	47,6	9,6	61,5	40,2
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100
	(60)	(61)	(155)	(137)	(106)	(117)	(58)	(82)	(777)

Fuente: Elaboración propia en base a la ESF.

SI o menos: Secundaria incompleta o menos.

SC o más: Secundaria completo y más.

En el caso de las de mayor nivel educativo, se observa una tendencia general al retraso de la edad a la que tienen su primer hijo en todas las promociones, acorde al retraso antes visto de la edad a la que se unen. La mayoría de las mujeres, en todas las promociones, tiene su primer hijo después de los 25 años. Por otra parte, si bien el peso de las que son madres primerizas entre los 20 y 24 años decrece para las unidas entre 1990-1999, es importante en todas las promociones. En paralelo, también disminuye para estas mismas promociones el peso de las que lo tienen antes de los 20 años.

Cabe señalar que a fines de la década de 1960 comienza la llamada “revolución anticonceptiva”, inducida por la generalización de métodos modernos altamente eficaces y de manipulación femenina, esencialmente la píldora y el DIU (Torrado, 2003). En consecuencia, estas promociones se han podido beneficiar de tales métodos, pero no de igual manera según grupos sociales.

Este factor se debe no sólo a las políticas natalistas de carácter indirecto que han tenido lugar en nuestro país, sino a políticas claramente explícitas al respecto que no tuvieron el mismo efecto en todos los sectores de la población. En 1974 se promulga un decreto que específicamente tiene como objetivo prohibir la difusión de los métodos anticonceptivos. Dicha norma, por un lado, impidió la prestación de servicios de planificación familiar dentro de las instituciones de salud pública (las que representan el efector de salud más importante para los estratos carenciados); por otro, obstaculizó seriamente la misma dentro de las Obras Sociales (cuyos usuarios se reclutan en su gran mayoría entre asalariados pertenecientes a las capas inferiores de la clase media y a las superiores de la clase obrera) (Torrado, 2003).

3- Reflexiones finales

En este trabajo fue posible evidenciar que las transiciones a la adultez de estas mujeres han sido diferenciales según grupos sociales de pertenencia y el momento socio-histórico en el que se han desarrollado.

En las últimas décadas ha habido cambios importantes en lo que refiere a las trayectorias individuales y familiares. Las mujeres han logrado expandir sus niveles de educación, en simultáneo con un aumento contundente de su participación en el mercado de trabajo. Estos factores se reflejan en un cierto retraso en las edades en las que atraviesan estos eventos, retraso más marcado en los grupos sociales más altos.

Asimismo, en los últimos tiempos se observan cambios en la vía de entrada de unión, el matrimonio va perdiendo peso en detrimento de las uniones consensuales, fenómeno que no fue posible trabajar aquí por cuestiones de espacio. En cambio, sí se pudo dar cuenta de otros factores referidos al pasaje por este evento: un cierto retraso de la edad de entrada en unión de las mujeres, y una creciente fecundidad para las menores de 20 años de las últimas promociones (lo cual podría relacionarse a una más temprana iniciación sexual no necesariamente asociada a conocimientos y acceso a métodos anticonceptivos).

El aumento de las uniones consensuales y el leve retraso en la edad de unión de las mujeres tienen un significado distinto en los sectores medios y altos en relación con los más bajos. En

cierta medida, en los primeros puede responder a una mayor autonomía de la mujer, a la búsqueda de realización personal más allá de la vida en pareja y la maternidad. En los sectores empobrecidos, sin excluir casos de mayor autonomía femenina, sería más factible asociar algunas de las transformaciones en curso al constante deterioro de los niveles de vida (Ariza y de Oliveira, 2002).

A su vez, a pesar de transitar su adultez en contextos disímiles también con respecto a políticas de vivienda, la emancipación domiciliar constituye un evento que han experimentado la mayoría de estas mujeres que, en 1999, se encontraban viviendo con una pareja y/o con sus hijos. Para ellas, la expansión de la educación significó un retraso de la edad a la que lo llevan a cabo, y el principal motivo de su tránsito domiciliar siguió siendo el irse a vivir con una pareja.

Por último, fue posible dar cuenta de la existencia de diferenciales en el calendario de los eventos con respecto al máximo nivel de educación alcanzado por las mujeres y sus madres. De manera provisoria, se señaló la relación existente entre la edad de tránsito por un evento con respecto a otro. Quedará para futuros trabajos ahondar en esta interrelación de eventos, la posibilidad de que el atravesar uno desencadene la ocurrencia de otro, así como hacer hincapié en la secuencia y la proximidad de los mismos.

4- Bibliografía

Ariño, Mabel. 2005. "La composición de la familia argentina actual: el allegamiento de núcleos conyugales secundarios", En Torrado, S. (Directora). Trayectorias nupciales, familias ocultas. (Buenos Aires, Entresiglos), Bs. As, Editorial Miño y Dávila. (pág. 257-286).

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira. 2002. "Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica", En Wainerman, Catalina. (Compiladora). Familia, trabajo y género. Un mundo de relaciones nuevas, Bs. As, UNICEF, FCE. (pág. 19-54).

Azpiazu, Daniel. 1991. "Programas de ajuste en la Argentina de los años ochenta: ¿década perdida o decenio regresivo?", ponencia presentada en el Seminario "Ajuste económico, sindicalismo y transición política en los años ochenta", organizado por el Memorial de América Latina, San Pablo.

Basualdo, Eduardo. 2006. Estudio de historia económica argentina desde mediados de siglo XX a la actualidad, Bs. As, FLACSO-Siglo XXI.

Beccaria, Luis y Altimir, Oscar. 1998. Efectos de los cambios macroeconómicos y de las reformas sobre la pobreza urbana en la Argentina, Universidad Nacional Gral. Sarmiento, San Miguel, Serie Informe de Investigación N°4.

- Beccaria, Luis y Minujín, Alberto. 1991. Sobre la medición de la pobreza: enseñanzas a partir de la experiencia argentina, Bs. As, UNICEF Argentina, Documento de Trabajo N° 8.
- Cerruti, Marcela. 2002. "Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires", En Wainerman, Catalina. (Compiladora). Familia, trabajo y género. Un mundo de relaciones nuevas, Bs. As, UNICEF, FCE. (pág. 105-152).
- Coubés, Marie-Laure, Zavala de Cosio, María Eugenia y Zenteno, René. 2004. Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historia de vida, México, El Colegio de la Frontera Norte.
- Hareven, Tamara. 1978. Family time and Historical time, E.E.U.U., Edit. American Academy of Arts and Sciences.
- Jelin, Elizabeth. 1996. "Familia: crisis y después...", En Wainerman, Catalina. (Compiladora). Vivir en familia, Bs. As, UNICEF-Losada. (pág. 23-48).
- Jelin, Elizabeth. (1998): PAN y afectos: La transformación de las familias, Bs. As, FCE.
- Monza, Alfredo. 1993. "La situación ocupacional argentina. Diagnóstico y perspectivas", En Minujin, A. (Editor). Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo, Bs. As, UNICEF/LOSADA.
- Schorr, Martín. 2006. "Cambios en la estructura y el funcionamiento de la industria argentina entre 1976 y 2004. Un análisis socio-histórico y de economía política de la evolución de las distintas clases sociales y fracciones de clase durante un período de profundos cambios estructurales", Tesis Doctoral, FLACSO, mimeo, Capítulo 1 y 2.
- Raimondi, Mónica y Street, María Constanza. 2005. "Cambios y continuidades en la primera unión hacia fines del siglo XX", En Torrado, S. (Directora). Trayectorias nupciales, familias ocultas. (Buenos Aires, Entresiglos), Bs. As, Editorial Miño y Dávila. (pág. 75-118).
- Raimondi, Mónica. 2005. "Consecuencia de la ruptura conyugal en las condiciones de vida de las mujeres (Área Metropolitana de Buenos Aires. Fines del siglo XX)", En Torrado, S. (Directora). Trayectorias nupciales, familias ocultas. (Buenos Aires, Entresiglos), Bs. As, Editorial Miño y Dávila. (pág. 169-206).
- Saraví, Gonzalo. 2009. "Las condiciones de trabajo a principios de siglo XXI. Presencia de las mujeres en el sector informal", En Papeles de Población, México, UAEM, Nueva época, año 15, No. 59. (pág. 83-118).
- Torrado, Susana. 2003. Historia de la familia en la Argentina Moderna (1870-2000), Bs. As, Ediciones de la Flor.
- Torrado, Susana. 2004. La herencia social del ajuste. Cambios en la sociedad y la familia, Colección Claves para Todos, Bs. As, Editorial Capital Intelectual S.A., passim.
- Torrado, Susana. 2005. "Diseño de la Encuesta Situación Familiar (ESF) en el Área Metropolitana, 1999", En Torrado, S. (Directora). Trayectorias nupciales, familias ocultas. (Buenos Aires, Entresiglos), Bs. As, Editorial Miño y Dávila. (pág. 37-74).

Torrado, Susana. 2007. “Transición de la fecundidad. Los hijos: ¿Cuántos? ¿Cuándo?”, En Torrado, Susana. (Compiladora). Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX, Bs. As, Editorial Edhasa, tomo I. (pág. 439-473).

Wainerman, Catalina y Geldstein, Rosa. 1996. “Viviendo en familia: ayer y hoy”, En Wainerman, Catalina. (Compiladora). Vivir en familia, Bs. As, UNICEF-Losada. (pág. 183-230).

Wainerman, Catalina. 2002. “La reestructuración de las fronteras de género”, En Wainerman, Catalina. (Compiladora). Familia, trabajo y género. Un mundo de relaciones nuevas, Bs. As, UNICEF, FCE. (pág. 55-103).

Wainerman, Catalina. 2007. “Mujeres que trabajan. Hechos e ideas”, En Torrado, Susana (Compiladora). Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX, Bs. As, Editorial Edhasa, tomo II. (pág. 325-352).